

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo A)

El evangelio empieza pidiéndonos que sintonicemos con Jesús, que nos fijemos en la mirada de Jesús, en los sentimientos que eso que ve despiertan en su corazón. “Al ver Jesús a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas sin pastor”.

El reino de Dios es una irrupción de gracia y de vida que comienza ya en nuestra existencia actual. Por eso Jesús nos invita a dirigirnos al Padre, a confiar en su Providencia, a pedir trabajadores. A continuación Jesús se pone en acción, y empieza llamando a sus 12 trabajadores primeros, que a su vez llamarán y enseñarán a otros.

El signo más claro de que el reino está cerca, es precisamente esta corriente de vida que comienza a abrirse paso en la tierra. «Id y proclamad que el reino de los cielos está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios». Hoy más que nunca deberíamos escuchar los creyentes la invitación de Jesús a poner esa nueva vida en la sociedad.

Se está abriendo un abismo inquietante entre el progreso técnico y nuestro desarrollo espiritual. Se diría que el hombre no tiene fuerza espiritual para animar y dar sentido a su incesante progreso. Los resultados son palpables. A bastantes se les ve empobrecidos por su dinero y por las cosas que creen poseer. El cansancio de la vida y el aburrimiento se apoderan de muchos. La «contaminación interior» está ensuciando lo mejor de no pocas personas. Hay hombres que viven perdidos, sin poder encontrar un sentido a su vida. Hay personas que viven corriendo, sumergidas en una nerviosa e intensa actividad, vaciándose por dentro, sin saber exactamente lo que quieren.

¿No estamos de nuevo ante hombres y mujeres «enfermos» que necesitan ser curados, «muertos» que necesitan resurrección, «poseídos» que esperan ser liberados de tantos demonios que les impiden vivir como seres humanos? Hay personas que, en el fondo, quieren volver a vivir. Quieren curarse y resucitar. Volver a reír y disfrutar de la vida, enfrentarse a sus vidas de cada día con alegría.

Y solo hay un camino: aprender a amar. Y aprender de nuevo cosas que exige el amor y que no están muy de moda: confiar en Dios, sencillez, acogida, amistad, atención gratuita al otro, fidelidad... Entre nosotros sigue faltando el amor. Alguien lo tiene que despertar. A los hombres de hoy no los va a salvar ni el confort, ni la electrónica, ni la salud, ni la buena forma física, ni la dieta equilibrada... sino el amor. Si acogemos a Cristo en nuestra vida, si nos acercamos a la confesión y a la Eucaristía, si dejamos que penetre en nosotros esa fuerza con que Dios nos ama y nos renueva, viviremos la vida y contagiaremos amor. Quizá por lo contrario comunicamos tan poco. Se nos ha dado gratis y gratis lo regalamos de muchas maneras a quienes encontramos en nuestro camino.

Pidámoslo a la Virgen María y a San José.